

Si pudieras oírme. Si te hubiera entendido. Pero te ibas angostando como un camino. No quería perderte. Esa noche llevaba una venda. Estoy en la autopista. Así se corre. A veces sientes que no tienes nada. Ni siquiera a ti mismo. Sólo estaba jugando a perdonarme. ¿Quién ha llegado?

Es tan sólo el médico. Ya ves, corazón latiendo, pulso normal. Sí, hay una luz. Mírenme. Observen mis ojos. Se mueven. Estoy asintiendo.

Envío señales. **bu**

La norma juega a la guerra*

Aliex Trujillo
Docente
Universidad Central

Son días de guerra mientras nosotros nos jugamos el agua. Somos cuatro, Damián, Jairo, Gisela Bayola y yo, Manuel Quintero Robaina. Estamos sentados alrededor de una mesa cuadrada, patas de cruceta, la mesa está en un cubículo, el cubículo en un cuarto, el cuarto en una de las torres de un edificio de las residencias estudiantiles, está en una universidad de la capital del país, el país se está entrenando para la guerra. Nosotros mucho más acá jugamos dominó. Cotidianamente este lugar es la fábrica de jugadores, sólo cuatro juegan y los demás esperan a que pierda una de las parejas, cuando le hagan cien puntos. Madrugadas jugando, media vida estudiantil y al graduarnos también nos recibimos de Magister Ludi. Hoy todos, excepto nosotros, están simulando tácticas y estrategias, y a falta del incentivo externo que pueda levantarnos del juego, nos inventamos lo del agua. La pareja que deje acumular la centuria de puntos debe tomarse una jarra con dos litros, una jarra cada integrante.

El juego

Pares o nones. Salió nones, los hombres no paren, es una ficha igual a las demás, ficha de roble, puntos blancos simétricos que denotan las cantidades. A un lado de la puntilla centroidal de cobre, un seis; al otro lado un sólo punto, suman siete, nones. Comienzan la partida entonces la pareja de Damián y Jairo, uno de los dos, están sentados de frente y se

*Cuento ganador del Concurso Narrativas e Imágenes, Carrera de Comunicación Social.Periodismo, Universidad Central 2005.

sonríen, será Damián. Detrás de este ritual canta Gerardo Alfonso desde una grabadora que ha sufrido todos los golpes de la vida, Gerardo cuenta de unas sábanas blancas, devenidas símbolo de una ciudad y lo cuenta de una manera que también tiene que ver con lo que está ocurriendo allá afuera. La primera ficha en mesa es el doble nueve, la gorda, la puerca, la ficha que menos pesa por la cantidad de huecos. Entonces los tradicionales comentarios acerca de la clase de partida que se avizora. O tiene muchos nueve o su táctica, y por ende la de su compañero, será votar las fichas de mayor denominación por si se tranca el play puedan ganar por tener menos tantos. Ahora es mi turno, nueve-tres, tres-siete de Jairo, Gisela mata la salida para reducir posibilidades de hegemonía en caso de abundancia de nueve: nueve-cinco, doble siete por la otra cabeza, doble cinco mío por donde puso Gisela, cinco-seis, seis-siete, siete-uno, uno-tres, tres-ocho, doble ocho de Gisela, ocho-cinco, cinco-tres, tres-cuatro, cuatro-cinco. Damián cambiando de cabeza la secuencia, pone un siete-cero; seguro que no tienen más cinco porque le mató el siete a su pareja, ojalá Gisela se dé cuenta para que le siga repitiendo el cinco. Yo dejo ese cinco que está muy bueno: blanco-uno, uno-nueve (esa es salida, se está poniendo duro ese nueve), nueve-seis (menos mal que Gisela tuvo más nueve). En qué estará pensando Gisela ahora, le tuve que dar tremenda muela para que no fuera a la guerra, para que se quedara conmigo. No sabía que Damián y Jairo tampoco iban, mi plan era quedarnos solos a ver si le acababa de decir ese maldito puñado de palabras que se me duermen en la lengua cada vez que las organizo y les doy la orden, esa pequeña orden ¡De frente...arrr! Me he perdido el movimiento de Jairo así que tengo que inferirlo (el dominó lo inventó un mudo): seis-tres, me doblo en el tres (tendido en el tres, normal y neutral), jugada de Jairo por la otra punta: cinco-blanco (o jugó mal porque no le quitó ese cinco a Damián una vuelta atrás o estará tramando algo). Ambos estudian Arquitectura y son pareja también en la vida sentimental, claro eso no lo sabe todo el mundo, aunque comentarios siempre hay, si se enteran los dueños de la guerra los desaparecen de la universidad. Seguro que ellos también tenían sus planes, casi llegamos juntos al picaporte de la puerta del cuarto. Fue embarazoso, por eso Gisela se inventó lo del juego de dominó. Blanco-nueve de Gisela, pasó a Damián, el muy bruto salió a nueve sin tener ni si quiera otro más, duro por salir fallo. Las miradas que me echa la Bayola no sé si son de complicidad lúdica o de otra cosa, tendré que adivinar, como en el dominó. Lástima que le tenga que matar ese nueve pues no tengo más tres; mi nueve-ocho, ocho-siete, pase para Gisela (qué clase de siete, caballeros, es el sexto en mesa y son diez en total), pasó a Damián también, coño me pasaron a mi también, regresó el siete a Jairo, pasó a la mesa completa, siete-dos, dos-cinco de Gisela que tira en desafío duro la ficha contra la mesa. Más allá de los edificios detona el simulacro de las minas, de las granadas lanzadas mientras otros soldados apuntan inútilmente con sus

fusiles de atrezo. Gisela tiene novio. El bacán es uno de los eslabones principales en la cadena de mando de esa guerra, es algo así como el director de escena, si totalmente se tratara de teatro. Cuando ella decidió no ir me pareció que todo me sonreía, las piedras, el reloj, hasta la cretácica administradora del edificio. Elleguá me está abriendo el trillo, besé el collar y secretamente le prometí caramelos. Tres-dos, mira quién es el dueño de los tres, el Damián, por eso los dejó correr. Dos-cuatro, doble cuatro (doblarse al final del juego va contra el tercer axioma), pero me dio el pase (lo que tengo no son números, son letras, el código ASSKI, el Morse), cuatro-uno, se pegó el Jairo, no le pude dar ni un pase.

La guerra

El pase de patadas que le dieron a él y a Damián cuando los sorprendieron amancebándose en el otro cuarto donde vivían, el mismo del bacán de Gisela, si no es por ella los matan a tranca. La muy chochúa negoció con los verdugos para que no se lo dijeran a los dueños de la guerra. Los echaron del cuarto y vinieron a vivir para acá, así fue como la conocí a ella. Veintinueve tantos nos cogieron. Me quedé con el dos-siete, el uno-seis, y el cuatro-ocho. A Gisela el doble blanco y el doble uno. Viramos todas las fichas boca abajo y damos agua, revolvemos y entremezclamos las fichas con movimientos circulares de ambas manos. Damos agua los que perdimos, pequeño castigo comparado con tener que tomarse dos litros de ese líquido. Además a mí me toca seguramente tomarme lo que Gisela no pueda tragarse. Cada uno ya está organizando las diez fichas que escogió. En las esquinas de la mesa descansarán las quince maderitas sobrantes, nadie las tocará hasta que se empiece de nuevo revolviéndolas contra las otras. Sale Jairo con el doble ocho.

Desde hace un rato no se oyen ni disparos ni detonaciones, son las doce y pico de la tarde. Debe haber un descanso para almorzar, en el comedor de las residencias, almuerzo de guerra. Hacer el amor con Gisela es empingao, tremendo, como si a uno le pasaran de pronto las coordenadas, los datos del placer, ya saben, números exactos que uno puede manejar, sumar, multiplicar, potenciar. El responsable de la guerra nunca vendrá aquí, él no entra donde viven maricones, debe estar pensando que en este cuarto todos lo somos, maricones en todas las literas. Si entrara descubriría en mi pared las respuestas a muchas de sus preguntas, los poemas, los gritos, los carboncillos que me ha sacado su novia, claro que esas no son pruebas a favor de mi hombría, debe pensar que esas también son cosas de mariquitas, histerias. Nunca sabría que el dibujo, aparentemente en pastel, está hecho con una libidinosa mezcla de semen y sangre de menstruación de Gisela. Ahí patearía por no tener respuestas, siempre lo hace, de dónde un maricón consiguió la sangre de una zona tan comprometedora de su

novia, cosa de aberrados, de una toalla higiénica robada probablemente, nada extraño en un antibelista, fetichista, desordenado de la mente, sin principios militares ni comprometido con el proceso. Él atiende pero no entiende, nunca comprendió nada de lo que hago, ni siquiera lo que pasó después, lo que le hice después.

He estado pensando durante tres vueltas completas y ahora me toca otra vez, no tengo, me pasaron, ni cinco, ni uno. Uno-tres por Jairo, cinco-blanco por Gisela. Tengo que poner más atención a lo que está pasando en la mesa. Oigan, allá comenzó de nuevo la conflagración. Todos los años es lo mismo, miles de recursos financieros, que apenas existen, dedicados a mantener una posición de fuerza, a preservar las fronteras de un enemigo sin escrúpulos que nadie de nosotros conoce realmente, ni los de allá afuera, ni nosotros cuatro. Miren, esto se trancó, nadie tiene para poner. Bueno por lo menos a mí sólo me quedaron quince tantos, Damián veintitrés tantos y Jairo veintiún. Gané sin esfuerzo, sólo poniendo fichas mientras pensaba en ese cabrón evento histórico que nos estamos perdiendo. Nuestros cuarenta y cuatro puntos de ahorita contra los veintinueve de ellos, así van las cosas. Una media hora después estábamos perdiendo el primer juego y Gisela y yo brindábamos con sendas jarras repletas de agua. Con esfuerzo me terminé mis dos litros y el que a Gisela no le cupo, cuando terminé algo acuoso empezó a alojarse en la cabeza, algún animal de las profundidades. Les tomó diez minutos más ganarnos el otro juego, de manera fulminante, viajera, más de cien tantos en una sola data. Nosotros de nuevo al agua, tres litros y medio para mí, mira que Gisela pudo tomarse nada más que dos vasitos. Tomé despacio y eructando, los ojos comenzaron a marcar en su mitad un nivel en mi organismo. Lentamente el cuarto comenzó a disolverse, los muebles se goteaban en sí. Gisela era una estrella de mar gigante que intentaba engullirse la mesa pastosa. A los lados estaban dos calamares flácidos que extendían sus tentáculos a manera de red de volleyball. Yo sentía mis manos como corrientes marinas que se alejaban. La música subacuática llegaba a manera de géiseres burbujeantes o cavernas derrumbadas. Los últimos vasos completaron el record mientras el edificio recobraba por techo una superficie perfecta como un espejo sobre nuestras cabezas, la superficie fue rota de improviso por un objeto que descendía, un anzuelo para peces de más de ochenta kilos, lo miraba mientras pesadamente caía con estruendo sobre la mesa amermelada. La estrella de mar Giselásea tomó el anzuelo y comenzó a ensartar una a una las puntas de sus cinco patas. Lejos, muy lejos en los miedos, alguien introducía una llave en la cerradura de la puerta que al abrirse descargó toda el agua. Los remolinos tremendos violaban cualquier orden alcanzado. Me sentía más mojado que nunca en mi vida y el agua se iba escapando escaleras abajo. El de la llave miraba atónito, tanta mirada detrás de esa cara, traía una escopeta y un par de granadas. Quitó el pasador a una de ellas, de fragmentación, y bum, las

esquirlas le abrieron cientos de ojos a la luz que cruzaba los cuerpos. La escopeta fue lentamente apuntada y por el cañón se asomaba una bala que vino a colgarse a mi cuello desesperada. Linda canción y repito el estribillo: para perder la cabeza sólo corre a encontrarte con esa bala, con esa bala.

Como un río que continuaba saliendo de mi cuerpo me fue llegando el brazo de Gisela enroscando mi cuello desde atrás. Abajo, frente a mis piernas una tasa y un chorro infinito de orines se estrellaba salpicando. Olí lo que olía y me viré para encontrar a esa mujer que me dormía la lengua sobre las palabras, las que le tenía que decir y que no me alcanzaban. Regresamos al juego colocando música, el ganguee de Las Negras Verdes, un poco de carnaval. Un nuevo juego ahora con las parejas invertidas. Gisela está después de mí, debajo de mí, en el sentido del tiempo que empuja las manecillas.

Aquella noche para el amor, la luna me apretaba con unas manos remotas y electromagnéticas la cabeza, me refugié en una bolsa de papel de aluminio, moje la frazada, uní con marcador todos mis shakras, tracé un muro de tabaco (Romeo y Julieta, talla Churchill) y colgué una mata de sábila como escoba tras la puerta. Pedí prestada música, incienso, botella de vino, un poema minimalista sobre un rinoceronte que muere de frío en un zoológico, hojas de eucalipto bajo el colchón. Todo estaba listo, la premeditación asusta pero alcanza. Gisela toca duro en la mesa, señal de que la pasé, pero esos dos toques son los mismos que oigo en la puerta de la calabaza hueca de mi memoria. Toc, toc. Enciendo la grabadora, Palestrina; prendo el incienso, lavanda; destapo el vino, de romerillo, cosecha de un amigo estudiante de química. Toc, toc. Me apuro pues ya están sonando los toques como en casa vacía. Es ella, es ella, es ella, repito de plegaria, de mantra, de bobo porque era ella y como paramécio se deslizó en mi corbata. Que viniera no significaba nada, dijo. Mentirosa, pienso aún tartamudeando. Resultó alérgica a la lavanda, faltó la corriente eléctrica, el vino sedimentó violentamente como disolviendo la luna en las flores fermentadas, con sus rocas a distancia. Y hubo legiones de mosquitos, como una plaga y el cielo se tiñó de nubes y llovió con un lamido abundante. Catorce palabras, ninguna secreta, más bien esperadas, ninguna inteligente, todas prácticas. Al final del amor ella durmió bien mientras yo aún andaba de funambulita en el abismo de su ventana.

Ella ganó esta data con un cierre tremendo, yo parecía tener en mis fichas todas las lunas-tantos del mundo, el juego ya no me interesa, que corra el agua. Gisela se apropió de ese peso histórico que pende sobre el triunfo en las de su género y casi flotaba sobre la mesa, ametrallándonos con números naturales, parecía carpintero fabricando la ficha justa, la encajaba una tras otra y feliz, muy feliz. Esa era su guerra y la ganaba. Otra noche y otra y otra regresó, siempre diciendo que no significaba nada. Mozo de su hotel la atendía mientras ella iba macerando las hojas de una extraña libertad, nocturna y horizontal. Una de esas noches yo regresé

muy tarde y estaba dormida. Me acosté en la cama de arriba, que ese semestre estaba desocupada. No me di cuenta hasta la mañana siguiente por los restos de vómitos, las ropas ajadas y por las lágrimas que aún pendían de las persianas. Su guerrero la golpeó, ella no se dejó, me decía mientras limpiaba sus uñas y me mostraba dermis ajena.

Tomé con resignación la jarra que me correspondía, la llevé a la boca extrañado por una sed mastodóntica, milenaria. Tomé ávido sobre las risas de los demás, desafiando el castigo con el valor que da el alivio. Las fichas volvían a revolverse, yo le daba agua a las fichas bajo el mismo principio invisible de la rabia, esa rabia en los recuerdos, tan diáfana, pesada y sedentaria. Otro juego daba inicio.

Me impulsé como una ráfaga, trituré el camino hasta llegar frente a frente al guerrero. De su rostro colgaba la preocupación de tanta batalla diaria y el fantasma del enemigo le regaló un gesto predecible y milimétrico. No fue valor, fue impulso, una velocidad que traía y no pude acallar, es que salí sin frenos y contra él llegué. Pero el impulso no basta, se necesita una constancia, un lenguaje aprehendido sobre los huesos y los músculos. Ya estaba de alfombra en el piso, él me pateaba las costillas gritando maricón y a mi solo me alcanzaba el aliento para abrir la boca y responder enérgicamente sacándole la lengua, hasta que también me la partió de un rodillazo y no tenía saliva para escupirlo pero lo odié mucho y eso pareció detenerlo o fue pensar en su falta, en la bronca que había acumulado tanto curioso, de su prestigio, de su expediente intachable. Lo que sea, me salvó. Se alejó a toda la velocidad que le permitía una insinuada cojera. A mí las hinchazón un buen día se me pasó, pero él estuvo un poco más de tiempo con un yeso en un pie (rotura por impulso fue el diagnóstico) y con una sanción por conducta vergonzosa, no sé si por lo que hizo o por dejarse fracturar por un marica. De lo que le hizo a Gisela nadie habló.

Diez veces más fui a orinar, sólo gané un juego pero igual tomé agua, me había vuelto adicto. Nos fuimos aburriendo mientras la guerra de allá afuera también se aburrió. Regresaron los ejércitos y el cuarto se llenó de estudiantes que venían heridos de las ganas de jugar dominó y de olvidar. Jairo y Damián salieron, con tanta gente las burlas y las agresiones podían alcanzar niveles peligrosos. Gisela también se iba, debía llegar antes que lo hiciera su guerrero. La vi perderse por el caracol de la escalera como bajando por un oído. Aunque pude dejarle caer las palabras dormidas creo que no las escuchó, por el ruido o por lo extrañas que eran, supongo. Entré.

Yo estoy en mesa pero no tengo pareja, grité. Mientras los candidatos se ponían de acuerdo yo pensaba en el niño que me estaba creciendo dentro, hijo de Gisela con certeza. Y tendría que decírselo. Tal vez en la próxima guerra, cuando volviera el juego. **U**